

Remembranzas de jueves

LISSETTE MARTÍN
FOTO: OILDA MON

Se llama Yamirka Hernández y tiene a su pequeño José David en brazos. Hace más de una semana que no sale del Hospital Pediátrico Juan Manuel Márquez, de Mariano. “Me siento muy bien atendida”, se le escucha desde el corazón. Minutos antes, el profesor Evelio Pérez analizaba el caso de su niño junto a un grupo de discípulos. Pronto lo reconoció. También un día mi hijo fue su paciente, uno de los tantos vistos por el galeno, desde la fundación del centro hace 28 años por el Comandante en Jefe.

Es jueves. Como cualquier otro día nadie ha revertido las rutinas. Los médicos pasan visita, los especialistas intercambian, los estudiantes conocen de manera práctica lo aprendido en clases, las enfermeras atentas y las madres, junto a sus pequeños, aguardan confiadas.

“No hay mayor gratitud que ver salir sanos a quienes recibimos enfermos”, expresa el jefe de la sala de Misceláneas, doctor Octavio Cima Lores, otrora alumno del hospital. Por eso considera ineludible entregar a los jóvenes las enseñanzas allí recibidas —y que todavía percibe— de tan prestigioso claustro, distinguido por una formación permanente y alto nivel científico.



El profesor Evelio Pérez analizaba el caso de uno de los niños junto a un grupo de discípulos.

ELÍAS ARGUDÍN SÁNCHEZ
FOTO: ROLY MONTALVÁN

Nunca estuvo en sus planes llegar a convertirse en unos de los albañiles más diestros de toda Cuba. Orlando Martín Martínez no podía detenerse a pensar en tales cosas cuando, dada su condición de hijo varón y entre los primogénitos de una prole numerosa, demasiado tenía con la obligación de procurarse unos pesos para contribuir al sustento de la familia, de origen campesino, pobre, que además de los padres y él, la componían otros 17 descendientes. “Cuando me embarré por primera vez de mezcla (cemento y arena) en serio, tenía 13 años y corría 1953. Sin lugar a dudas, un año tremendo. La cosa estaba dura, bien difícil y para la inmensa mayoría llevar el plato a la mesa implicaba casi hacer un acto de magia. Empecé como ayudante y trabajo me costó ser reconocido como operario, aunque para entonces hacía rato que me defendía bastante, cuchara en mano. Antes ya había hecho casi de todo para ganarme los quilos”.

Orlando ni siquiera imaginó que acabaría por poner bloque y levantar paredes, a fin de asegurarse la existencia. Fueron las circunstancias, y las presiones económicas lo que lo llevaron a adentrarse en un oficio que —a primera vista, desde adentro, en una obra por iniciar o inacabada—, no se duce a nadie.

Nacido en Matanzas, Orlando era el tercer vástago de 10, en el segundo matrimonio de su padre. Luego cuando murió quien fuera su primera esposa, los otros ocho hijos fruto de aquella unión vinieron a compartir el mismo techo y terminar de crecer.

Él se apegó a una medio hermana mayor, ya casada. Durante años vio laborar a su cuñado, “un albañil muy experimentado. Al principio solo observaba atentamente. Pero estudiar o no hacer nada eran lujos que no podían darse los pobres.

“Me vine con ellos a la capital, en 1953. Y con el discurrir de los días empecé a descubrir los secretos del oficio y disfrutar cuanto hacía, al ver las obras terminadas. Así llegué al punto que me enamoré de la albañilería, tanto que en los últimos 64 años no he hecho otra cosa”.

Orlando aprendió rápido artes y mañas. Era largo, hacía de todo y bien. No tardó en posicionarse dentro del gremio. Fundó familia y crió cuatro hijos, junto a Visia Fernández Arteaga, su esposa de siempre. Dos de los retoños se graduaron de Medicina —una de ellas con cuatro misiones internacionalistas—, otra labora en un centro de investigaciones científicas, que si el periodista mal no recuerda, él ayudó a construir.

Reconoce que no ha sido fácil, pero cuando vuelve la vista siente mucho placer. La “cuchara” ha sido el sustento propio y de su gente, y aunque ya jubilado, todavía lo es. Gracias a ella ganó la condición de Vanguardia Nacional durante 53 años consecutivos y también la de Héroe del Trabajo de la República de Cuba.

“Trabajar, trabajar, trabajar y cuidar de mi familia es lo único que he hecho en mi vida. En ello radica mi mayor orgullo. Durante la edificación de la Escuela Formadora de

Maestros Salvador Allende puse más de 200 y pico de metros cuadrados de piso. La jornada arrancaba a las 7:00 a.m. y a veces eran las 11:00 p.m. y todavía estábamos pega'o. Hubo ocasiones en que, además de trabajar, la única otra cosa que hacía era darme un baño, comer y tumbarme en la cama. Caía muerto. Modestia aparte, conmigo había que contar”.

¿Algún trabajo lo marcó de manera especial?

—Para mí no hay obra menor. Todas exigen entrega, dedicación y buen hacer. Ya concluidas, todas hablan de ti y por ti.

Mencione algunos de los lugares en los cuales dejó su impronta.

—Centro Nacional de Investigaciones Científicas (Cenic), Centro Nacional para la Producción de Animales de Laboratorio (Cenpalab), Parque Lenin, Palacio de Convenciones, ampliación del Hospital Miguel Enríquez, allí como integrante del Contingente VI Congreso del Micons. También formé parte del Contingente Armando Mestre.

“Cuando el Sindicato del ramo creó una brigada formada por 26 experimentados operarios del sector para que aportaran su experiencia en los proyectos más complejos, en cualquier lugar que estuvieran en ejecución, me tocó ser uno de ellos. En mi condición de albañil he dejado mi huella en toda la Isla.

“Laboré muy duro y mucho tiempo en las instalaciones productoras de Níquel, en Moa. De aquí salí directo para un hospi-

“Contamos con 119 profesores, 13 de estos consultantes, nueve titulares, 69 másteres, seis doctores en Ciencia y 19 con categoría de investigador”, enuncia la doctora Ileana Valdivia Álvarez, al frente del departamento de Docencia e investigaciones, tras comentar cómo, anualmente, de allí egresan especialistas en Pediatría, Cirugía Pediátrica, Psiquiatras Infantiles, Intensivistas y Neonatólogos, además de impulsar más de 30 proyectos con técnicas y métodos novedosos, atemperados a los principales programas del Ministerio de Salud Pública, como el de neumonía adquirida en la comunidad, evaluación de los retardos del lenguaje, prevención del daño renal en recién nacidos, y otros cuyos resultados tienen impacto nacional.

Vivencias y emociones se reencontraron a las puertas del Día de la Medicina Latinoamericana, el 3 de diciembre. Trabajadores y estudiantes aplauden su aniversario. Primero con el detalle que tanto ilustra el respeto incondicional a sus fundadores; luego, con las necesarias evocaciones de aquel día de torrencial aguacero, cuando Fidel anticipaba el desarrollo de la Pediatría cubana y el exitoso futuro del nuevo centro, actualmente distinguido como de referencia en la atención al niño politraumatizado en la ciudad, en la atención al quemado en toda la región de occidente, por solo citar algunos.

No faltó la remembranza a los tantos doctores que se les fueron sumando, procedentes de varios hospitales de la ciudad, algo así como “un choque de escuelas, hasta ver consolidada la del Juan Manuel Márquez”, al decir del fundador Eduardo Sagaró González; ni los imborrables días de la década de los 90, cuando muchos auguraban que el hospital pararía ¡pero nunca sucedió!

Y en ello aflora el mayor orgullo de un colectivo que esta mañana hace dudar si quien les acompaña es la periodista, o la madre que siempre les agradecerá.

Albañil a secas



tal. Tuve que operarme los dos brazos y la columna. El médico indicó la jubilación y le pedí que me dejara tirar un par de años más. Resultaron 15. En el 2000 me acogí a la jubilación. No obstante, de cuando en cuando, hago mis cositas pa' resolver”.

¿Nunca le propusieron ser ejecutor?

—Un montón de veces, pero nunca quise. Siempre de albañil a secas. Me gusta reparar o levantar con mis propias manos y luego ver que las cosas quedan bien. Eso la gente lo agradece.

“Le debo todo a la albañilería y a la Revolución: la familia, una casa montada con todo, y la propia vida. En 2001 se hizo necesario hacerme una intervención quirúrgica a corazón abierto. Y ya ves, aquí estoy. No me costó ni un centavo”.